

RAFAEL GARCIA GRANADOS

Nació en México, D. F., el 20 de febrero de 1893. Murió en México, D. F., el 7 de enero de 1956.

Historiador, periodista, agrónomo. Fundó en unión de Pablo Martínez del Río el Instituto de Historia de la Universidad Nacional, al cual legó su importante biblioteca.

Es autor de, entre otras obras, *Huejotzingo* (en colaboración); *La sillería de San Agustín* (1941); *Filias y Fobias. Opúsculos históricos* (1937); *Una ciudad teochichimeca* (en colaboración), (1941); *Cortés ante la juventud* (1949); *Cupillas de indios en Nueva España* (1935); *Estudio comparativo de los signos cronográficos en los códices prehispánicos de México* (1939); *La ciudad de Oaxaca*, con Luis Mac Gregor (1933); *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, 3 v. (1952-1953); *Xochimilco* (1934); Prólogo a *Historiadores mexicanos del siglo XVIII* de Víctor Rico González (1949) y otros estudios publicados en revistas especializadas.

El Instituto de Historia de la Universidad Nacional de México le dedicó un libro: *Homenaje a Rafael García Granados*. Prólogo de Pablo Martínez del Río, México, INAH, 1960, 362 p. ils., que recoge su bibliografía.

Fuente: Rafael García Granados. *Filias y Fobias. Opúsculos históricos*. México, Editorial Polis, 1937, 359 p., p 235-238.

LA HONRADEZ DE LA HISTORIA

La Cámara Española de Comercio ha protestado porque en las escuelas se deforma la Historia y se les inculcan a los niños odios y rencores. Esta protesta provocó unas declaraciones del Presidente de la Liga Nacional de Maestros en que se acusa a los profesores de Instrucción Primaria de fomentar entre los educandos "odios para los mejicanos y extranjeros que tomaron parte en las guerras sostenidas por el país en todo el curso de su historia."

Justa es la pretensión de la Cámara Española de Comercio. Hermoso el fraternal evangelio que predica el Presidente de la Liga de Maestros. Pero (el eterno pero de los necios) ¿será posible enseñar a los niños una Historia de México exenta de pasiones? ¿Existe un libro de texto o un profesor que llene ese requisito? ¿Podrá lograrse ese ideal sin derrocar al noventa y nueve por ciento de nuestros héroes?

Por un Cuauhtémoc, un Vasco de Quiroga, o un Santos Degollado, pululan los Moctezumas segundo, Nuños de Guzmán, Leonardos Márquez y Panchos Villa.

Al historiador puede y debe pedírsele que sea honrado, pero pedirle que sea desapasionado es pedir peras al olmo.

La historia que se enseña a los niños en las escuelas primarias debe, en su forma rudimentaria, estar en armonía con la que se les enseña en las escuelas superiores y en las universidades.

Es imposible enseñar una historia abstracta, sociológica, impersonal. Las ideas están íntimamente vinculadas con los hombres que se sirvieron de ellas ¡ay! como banderas, y no se puede hacer historia sin hacer la psicología de esos hombres.

Lo que más a menudo deforma la historia es la política, que se sirve de ella sin criterio científico para lograr determinado objetivo, en vez de usarla para deducir enseñanzas. Que arranca de la falsa suposición de considerar a México como un país de indios, o de españoles, componiéndose en realidad de una mezcla imperfecta de indios, criollos y mestizos. Este falso concepto acerca de los componentes de la raza mexicana, es lo que produce aberraciones como los frescos de Diego Rivera o la literatura de Jenaro García.

No les gusta a los profesores indiófilos enseñar a sus discípulos que la religión del Anáhuac prescribía en el segundo mes del año (Tlacaxipehualixtli) desollar a los prisioneros (hombres, mujeres y niños) comiendo su carne después de cocida y condimentada (tlacatlaoli) y vestirse la piel de la víctima que se debía usar durante veinte días, al cabo de los cuales el individuo se bañaba y se curaba las enfermedades contraídas por el contacto de aquellos pútridos despojos humanos.

A los profesores hispanófilos, en cambio, no les gusta referir cómo Pedro de Alvarado quemó a los caciques de Uta-tlán ni cómo Nuño de Guzmán despobló a la provincia de Pánuco haciendo esclavos a sus habitantes, marcándolos en la mejilla con un hierro candente y vendiéndolos a los encomenderos de las Antillas.

Los acontecimientos ocurridos hace cuatro siglos despiertan aún tales pasiones, que los restos de Cortés, el fundador de nuestra nacionalidad, permanecen escondidos por temor a una profanación.

Y si la contienda de hace cuatro siglos no ha podido aún serenarse, ¿será posible pedir imparcialidad al historiador

de la Guerra de Independencia, de la Guerra de Reforma o de la Revolución?

Mientras unos historiadores ven en Hidalgo al alma inmaculada de la Independencia, otros no pueden olvidar su indiferencia ante los desmanes de sus chusmas en la Alhóndiga de Granaditas y no faltan descendientes mexicanos que le guarden rencor por los asesinatos de sus antepasados españoles inocentes que sacrificó en masa en Morelia y Guadalajara.

Tal vez menos profundos por no tener raigambre étnica, pero no por eso menos personales por estar cercanos los acontecimientos, son los rencores que datan de nuestras dos guerras extranjeras y de nuestras incontables luchas intestinas. Las hogueras en que ardieron ayer las pasiones de chinacos, revolucionarios, polkos, constitucionalistas, imperialistas, reaccionarios, mochos, puros, etc., son hoy rescoldos no siempre fáciles de apagar.

En una montaña de los Estados Unidos se está esculpiendo un monumento —*biggest in the world*, naturalmente— a los caudillos de ambos bandos en la guerra de secesión, por haberse reconocido que tanto vencedores como vencidos lucharon por un ideal desinteresado. Esta muestra de imparcialidad histórica, y desapasionada visión, es difícil de realizar en nuestra "América de sangre cálida", pero es el ideal que debemos perseguir para lograr un día que, desgraciadamente, no veo cercano, la realización de los nobles anhelos de la Cámara Española de Comercio y del Presidente de la Liga Nacional de Maestros.